

hace al abordar la cuestión de la práctica de la lectura: ¿qué es leer una obra literaria en cuanto tal obra? ¿Hay algo distintivo? Ello le lleva a pasar revista a la cuestión de la interpretación, con los diferentes tipos, objetivos, modos y controversias entre monistas y pluralistas, el problema de las interpretaciones en conflicto, etc.

El siguiente gran tema de este libro es la naturaleza de la ficción, a saber, qué tipo de realidad tienen los personajes de ficción y en qué medida se pueden descubrir verdades sobre los mismos y a partir de los mismos. Expone así la polémica entre los eliminativistas (capitaneados por Russell) y los acomodacionistas (que siguen a Meinong) y propone entender la naturaleza de los personajes literarios como artefactos, que explica mediante una serie de principios descriptivos de los mismos, para acabar centrándose en la paradoja de la ficción, a saber, por qué las ficciones nos provocan emociones, una de las más debatidas contemporáneamente.

La cuestión de la verdad es la siguiente. Plantea qué podemos aprender de la ficción, fundamentalmente desde la perspectiva de la filosofía anglosajona (que a este respecto es en exceso analítica y deja a uno con la sensación de que la sustancia se ha escapado, pero en fin). El último capítulo se centra en el examen del concepto de valor aplicado a las obras literarias, los distintos tipos de juicio de valor, de donde se siguen temas como la naturaleza del canon, su relación con la ética, etc.

Cada capítulo se cierra con unas recomendaciones de lectura, que responde bien a la naturaleza de texto introductorio para un curso de filosofía de la literatura, más expositivo que de tesis, que, a pesar de este carácter, delinea claramente las líneas fundamentales del debate, como se ve por los autores que le sirven de base.

Sixto J. Castro

COHEN, Ted, *Pensar en los otros. Sobre el talento para la metáfora*, traducción de Juan G. López Guix, Barcelona, Alpha Decay, 2011, 139 pp., ISBN 978-84-92837-25-0.

Esta obra consta de 11 capítulos, algunos de los cuales se publicaron anteriormente. Los cuatro primeros son los capítulos valiosos, en los que Cohen desarrolla la tesis fundamental de este libro, a saber, que la identificación con el otro es un ejercicio metafórico: comprender al otro supone pensar en uno mismo como otro. Y esta es una habilidad humana fundamental para la vida moral y estética (conseguir una identidad de visión para llegar a una comunidad de sentimiento). Ejemplifica esto a través de varios relatos bíblicos, especialmente el de Natán y David. Cohen trata de explicar la paradoja de la ficción, por qué la ficción nos conmueve, y postula que los sentimientos que sentimos son reales, contra lo que defienden autores como, por ejemplo, K. Walton. Utiliza en su favor el ejemplo del hincha deportivo, que se preocupa por acontecimientos reales que, en sí no son motivos de preocupación. Hay múltiples tipos de miedos (a una guerra nuclear o a un abismo, por un amigo que está en la guerra), luego no hay por qué pensar que el miedo que provoca la película "Viernes 13" no sea real. Cohen cree que los sentimientos despertados por las ficciones y situaciones imaginarias son idénticos a los despertados en la vida real, y utiliza de modo curioso el mismo argumento que Kant usa para negar validez al argumento ontológico, en la Crítica de la Razón Pura: el concepto no depende de que algo exista o no exista. Desde aquí, explica la paradoja de la tragedia, es decir, por qué buscamos los sentimientos desagradables que ciertas formas de arte suscitan: la posibilidad de sentir miedo forma parte de la experiencia que se busca.

A partir del capítulo quinto, sobran y sólo, en el mejor de los casos, repiten alguna de las ideas señaladas hasta entonces. La idea fundamental de Cohen, a saber, el carácter cognitivo de la metáfora, que genera un mundo en el que se dan nuevas relaciones que iluminan la realidad metaforizada con una nueva luz, queda suficientemente bien explicada en los primeros textos.

Sixto J. Castro

TODOROV, Tzvetan, *The limits of art. Two essays*, translated by Gila Walker, London-New York, Seagull Books, 2010, 100 pp., ISBN 978-1-9064-9-762-0.

Esta breve obra consta de dos ensayos, "Artistas y dictadores" y "Arte y ética". La primera es una versión corregida y ampliada de otro artículo "Avant-garde and totalitarianism" publicado en 2007. Se trata de un escrito excelente y muy iluminador, que parte de la consideración romántica del arte como la más alta actividad humana, que viene a sustituir a la religión, como se ve de modo especial en la obra de Wagner. En el romanticismo, el arte se convierte en una suerte de gnosis para una élite, cosa de la que también va a pecar la política. Todorov pasa revista al futurismo italiano, a la vanguardia alemana, especialmente la Bauhaus, a los futuristas y constructivistas rusos, y muestra cómo todos ellos buscan cambiar el concepto de arte y su función en la vida. En paralelo, Todorov estudia la autoconcepción de que de sí tienen como artistas Mussolini, Hitler y Stalin (la política como un arte cuyo material son las masas), que se aprovechan de la concepción romántica del genio, que da la regla al arte y, por ello, rompe con el pasado. Todorov analiza con detalle las relaciones que establecen estas dictaduras con los movimientos de vanguardia, que son bien complejas. Tanto los dictadores como los artistas de vanguardia quieren crear *ex nihilo*, romper con el pasado, y con toda norma que no sea la que se han dado a sí mismos. "Es importante (...) señalar el riesgo implicado en formular teorías extremistas en el campo del arte, olvidando la siniestra realidad a la que un día pueden dar lugar" (p. 57). Puede que las teorías vanguardistas no hayan sido las únicas fuentes de las doctrinas totalitarias, dice Todorov, pero el papel que jugaron en el desarrollo de las mismas no puede ignorarse.

En el segundo ensayo, "Arte y ética", Todorov parte del dogma clásico de que hay una relación entre arte y moral, que se encuentra ya en la *República* de Platón. Tras Platón, otros teóricos, como Horacio, sostienen que el propósito del arte es deleitar e instruir, un principio que se mantiene incuestionado prácticamente hasta el siglo XVIII. El dogma moderno sería que la finalidad del arte es encarnar la belleza, como señalan Shaftesbury, Lessing, Moritz, Kant y el romanticismo en su conjunto. La moralidad ya no es territorio del arte. Pero esto no está claro. El dogma no funciona con muchas obras de arte que son irredimiblemente morales (*La piedad* de Miguel Ángel, el *Guernica* de Picasso, el *Rey Lear* de Shakespeare). Todorov se centra así en la tesis de Iris Murdoch de que arte y moral son lo mismo: su esencia es el amor, si bien al final despacha en media página el debate al que parecía que nos conducía. Aún así el ensayo, si bien no es tan interesante como el anterior, no deja de tener su interés. Sólo por el primero, no obstante, merece la pena este libro.

Sixto J. Castro